ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EPÍLOGOS DEL MES

El territorio espiritual.

El profesor Unamuno, cuando en una de las dos conferencias que recientemente ha dado en Madrid, distinguió con bastante claridad y perfección la patria de los cuerpos de la patria de las almas, fué calurosamente aplaudido.

«Y es, señores, decía, que hay dos patrias: una patria territorial y otra patria espiritual; y aquí casi todo el mundo habla de la patria territorial, sobre todo los que tienen territorios en ella. Pero todavía apenas si está esbozada la patria espiritual, apenas si nos hemos formado una idea de cuál ha de ser el espíritu de España en el mundo, y qué ideal, qué tono de cultura le hemos de dar á ella.»

El profesor de la Universidad de Salamanca no vertía, sin embargo, una idea nueva, ni traducida siquiera; vertía una idea vieja y una idea nuestra, y por ello quizá fué calurosamente aplaudido.

La patria del espíritu, la gran nación de las almas es algo muy viejo, más que viejo, perpétuo, permanente, de todos los días y de todos los instantes. Con superficialidad indisculpable se puede sonreir escuchando la frase, pero no deja por eso de ser aquélla verdadera y exacta. ¿Dónde están los cuerpos que han nacido? Lo que nace son las almas, nada más que las al-

mas. Una modificación de la masa no será nunca un nacimiento. La fraternidad es posible, y más que posible fatal, inevitable entre los hombres, porque todos han nacido en el mismo territorio, en la única nación donde se nace, en el seno sin límites donde sólo se generan las almas.

Este cuerpo, aquel otro, el de más allá, han estado en este sitio, en aquel puesto, en tal lugar. Esta alma y aquella otra han nacido únicamente. El mundo entero, como manifestación entera de la realidad invisible, es sólo un pueblo, una nación sola, única y sin nombre, porque no cabe distinguirla de ninguna semejante ó diferente. El hombre humano no tiene par ni comparación alguna; es sin comparación posible: hombre.

El rebajamiento de los dioses helenos aparece en la decadencia de la mística primera, y se ofrece á la consideración futura cuando los dioses, descendiendo del cielo, toman patria terrestre, cuando se hacen partidarios de sitiados ó sitiadores. Se degradan hasta el hombre sin humanizarse en nada. Están sujetos al medio sin triunfar de él, como los séres más inferiores que se geografizan en la tierra: los de tal parte, los de tal sitio; es, como si dijéramos, en la región del naranjo, en la zona del pino. Y el Señor, el único Dios, no ha triunfado ni ha surgido en el espíritu del hombre hasta que no ha tenido más patria que la patria del espíritu. Porque el mayor triunfo del hombre ha sido hacerse humano, fraternal, universal, de todas partes. La fraternidad humana ha triunfado de los rigores de los climas, de las diversidades orográficas, de todas las desigualdades. La fraternidad humana se ha llevado á las cosas, á los objetos, á todos los séres, y la adaptación de las plantas y de los animales á diversos y contrapuestos lugares ha vuelto por la unidad del mundo.

Sería una insensatez ultrajar á nuestros padres, olvidar á nuestros hermanos; pero también lo sería creerla distintos y diferentes de los demás, porque así como somos hermanos de nuestros hermanos, nuestros padres son parientes de los demás hombres, sus hermanos también. «¿Dónde están mi madre y mis hermanos?», preguntaba Jesús cuando le hablaban de sus parientes terrestres. Estas palabras, tan duras y terribles, consideradas á la ligera, son más piadosas y blandas de lo que á primera vista parecen. Lo que le repugnaba á Jesús es que se le diese un padre y unos hermanos suyos, de él exclusivamen-

te, porque sabía que no hay más que un padre, que está en los cielos, y unos hermanos, que son todos los hermanos posibles: todos los hombres.

Su patria no era tampoco el terreno acotado por las leyes de los antiguos, porque su reino no era de este mundo, sino de todo el mundo; por eso salió de su pueblo para enseñar por los pueblos vecinos, por todas partes. Buena es nuestra casa, nuestro lugar, nuestra aldea; pero no es ni mejor ni peor que la vecina, porque la nuestra y la próxima nadie sabe ya dónde terminan. La luz no paga aduanas para pasar de un pueblo á otro. Nadie sabe aún, ni se sabrá nunca, cuándo empieza á salir el sol en su pueblo. En el punto donde comienza su patria.

Amar la tierra, sí; pero amarla para todos, para que sobre ella pasen los espíritus. Sobre la patria terrestre está nuestra patria única, aquélla donde se generan las almas, donde únicamente nace lo que nace en nosotros. ¿A qué llamáis vuestra patria? ¿Es posible que se ultraje á vuestra tierra? La tierra no se enrojece sino con sangre. La gran patria, la patria misma que se invoca en el extravío de la pasión para exigir una venganza, es también una idea, un puro espíritu. El divino Argensola decía:

¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?

La vida interior. Adentrémonos, pues; mirémonos hacia dentro unos momentos. He ahí nuestro único territorio. También aconsejaba eso á los jóvenes el profesor Unamuno. Pero hay que entender al maestro. Hay que entrar y penetrar dentro de sí, pero sin perderse en sí mismo. El avaro y el egoísta se disuelven en sí mismos, se diluyen sin deshacerse hacia fuera. El ideal y lo moral, lo perfecto, lo natural, lo más humano y, por consiguiente, lo divino, es ser como se nos dice son los cuerpos radioactivos; disolverse enérgicamente en todas las direcciones y sobre todas las cosas.

ARIMÍ

REENCARNACIÓN

Los principales puntos que rechaza el teólogo ortodoxo son el de la reencarnación y la inevitable y automática acción de la justicia divina. Aunque ninguna de estas doctrinas es sustentada por la iglesia actual, creo, sin embargo, que hallaremos pruebas evidentes de que no fueron desconocidas durante los períodos primitivos. Si bien en las escrituras, tales como al presente aparecen, son muy escasas las referencias que á la doctrina de la reencarnación pueden hallarse, sin embargo hay en ellas una ó dos que son inequívocas. Existe una afirmación clara y definida hecha por Cristo mismo, la cual debe necesariamente resolver la cuestión una vez por todas para aquel que cree en el Evangelio histórico y en la inspiración de las escrituras. Cuando Cristo habla de Juan el Bautista y pregunta qué opiniones tienen acerca del mismo, termina la conversación con la enfática declaración: «Si queréis recibirlo, este es Elías que debía venir.» Sé muy bien que el teólogo ortodoxo cree que Cristo no quiso dar á entender lo que decía en este caso, y se esfuerza en hacernos creer que trataba de explicar que Elías había sido un símbolo de Juan el Bautista. Para contestar á semejante insidiosa y gratuíta alegación bastará preguntar: «¿Qué se pensaría de aquel que en la vida ordinaria tratase de aclarar un hecho de una manera tan pueril y falta de sentido común?» Cristo sabía perfectamente bien cuál era la opinión popular con respecto á estos asuntos; sabía que el populacho decía de él mismo unas veces que era una reencarnación de Elías, otra de Jeremías y otras de uno de los demás profetas; sabía perfectamente que la vuelta de Elías había sido profetizada, y que todo el pueblo esperaba su advenimiento. Por lo tanto, haciendo una declaración tan categórica sabía perfectamente bien que todos sus oyentes le comprenderían. «Si queréis recibirlo—que es como decir, si queréis creerlo—,

este hombre es el mismo Elías á quien esperáis.» Esta es una afirmación absolutamente inequívoca, y el suponer que cuando Cristo la hizo no quiso darla á entender así, sino que trató de exponer alguna idea vaga y simbólica, es simplemente acusarle de mixtificar deliberadamente al pueblo, haciéndole una afirmación clara y categórica que él sabía muy bien que sería tomada sólo en este único sentido. O Cristo dijo esto ó no lo dijo. Si no lo dijo, ¿en qué viene á parar la inspiración del Evangelio? Si lo dijo, entonces la reencarnación es un hecho. El pasaje en cuestión se hallará en Mateo, XI, 14.

En la historia del hombre que nació ciego y que fué presentado ante Cristo para que le devolviera la vista, se halla otra referencia á esta doctrina. Los discípulos preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó, este hombre ó sus padres, para que él haya nacido ciego?» Esta pregunta demuestra de una manera positiva que aquellos que la hacían creían en una gran parte de la doctrina espiritista. Notaréis que los discípulos, en esta pregunta, involucran claramente la idea de causa y efecto y de la justicia divina. Este era el caso del hombre nacido ciego, pena terrible en verdad, así para el hijo como para sus padres. Los discípulos comprendieron que esto debió ser el resultado de algún crimen ó pecado, y su pregunta tenía por objeto saber qué clase de pecado era el que había producido tan deplorable resultado. ¿Era que el padre había sido tan malvado que había merecido pasar por la aflicción de tener un hijo ciego, ó era que en un anterior estado de existencia el hijo había pecado, y de tal suerte había atraído sobre sí este fatal destino? Naturalmente, si esta última era la verdadera solución, los pecados que merecieron este castigo debieron haber sido cometidos antes de que el hombre hubiese nacido, y, por lo tanto, en una vida anterior; así, pues, en esta sola pregunta están de hecho, claramente contenidas, las dos grandes columnas de la doctrina espiritista, á la cual nos hemos referido.

La respuesta de Cristo es muy digna de notar. Sabemos que en varias ocasiones no se quedó corto al hacer vigorosos comentarios acerca de prácticas ó doctrinas erróneas. En muchas ocasiones habló con gran energía á los escribas, fariseos y otros. Por lo tanto, si la reencarnación y la idea de la justicia divina eran creencias estúpidas y falsas, deberíamos ciertamente esperar ver que aprovecha esa oportunidad para re-

prender á sus discípulos porque las profesaban; sin embargo, vemos que no hace nada de esto, sino que, por el contrario, acepta su idea como la cosa más natural del mundo. No les reprende, sino que les explica simplemente que ninguna de las hipótesis que ellos sugieren en este caso especial, la verdadera causa de aquella calamidad, «ni este hombre ni sus padres habían pecado, pero que las obras de Dios debían manifestarse en él».

Hace años que un clérigo inglés escribió un notable libro titulado *From Death to the Judgement Day* (Desde la muerte hasta el día del juicio), en el cual demostraba que la reencarnación era la gran enseñanza secreta de la religión cristiana, la cual resolvía todas sus dificultades y la transformaba en un sistema racional y coherente. Un ministro metodista ha publicado recientemente en América un libro que lleva por título *Birth a New Chance* (Nacer á una nueva esperanza), en el cual trata esta misma cuestión, aunque á través de distintos puntos de vista. La teoría acerca del renacimiento sólo en muy contados puntos está de acuerdo con la nuestra, puesto que niega que el alma tenga al presente ninguna existencia inteligente, aparte de las de sus sucesivos cuerpos físicos. Sin embargo, no deja de ser interesante el ver que recorriendo tales diferentes puntos de vista vemos que existen hombres de distintos matices que principian á ver la necesidad de esta doctrina fundamental.

En el primer libro mencionado existe un párrafo que es digno de ser citado aquí, pues demuestra de qué modo la idea de la reencarnación impresiona á un pensador é imparcial ortodoxo cristiano. «La Escritura asegura por modo claro y distinto que seremos juzgados, premiados ó condenados, según hayan sido nuestras obras sobre la tierra..... No podemos, por lo tanto, suponer que las condiciones posteriores sean superiores á las condiciones bajo las cuales vivimos ahora, pues esto implicaría la promoción ó ascenso de los condenados al castigo eterno, á una vida más gloriosa desde la cual deberían al fin ser degradados á la vergüenza eterna, ni podemos suponer que estas condiciones sean inferiores á las que ahora gozamos, pues esto sería un desdoro de los virtuosos, ni podemos tampoco suponer estados separados, uno progresivo para los virtuosos y otro retrógrado para los malvados, pues esto sería crear un infierno habitado por criaturas perversas, condena-

das á persistir en el mal antes del juicio final. En la Escritura no se encuentra autoridad alguna que las apoye. Es, pues, evidente que si después de la muerte existe una vida activa para el alma, las condiciones bajo las cuales debe existir esta vida no pueden ser diferentes de aquellas bajo las cuales existe sobre la tierra. Puesto que estas condiciones no pueden diferir de nuestra actual condición, nos vemos reducidos á admitir la inevitable conclusión de que deben ser las mismas; que si existe una vida para el alma después de la muerte, ésta debe ser en un cuerpo humano sobre la tierra.»

«La conclusión á que se llega es que después de la muerte el alma pasa de nuevo por el proceso del nacimiento y aparece sobre la tierra en el cuerpo de un infante, y que el tiempo que media entre la muerte y el día del juicio se pasará en vidas sucesivas sobre la tierra.» Luego el autor intenta demostrar «no sólo que esta conclusión está autorizada por la Escritura, sino también que todas las doctrinas del credo cristiano están basadas sobre ella; que ella es la clave de las enseñanzas de Cristo y el único medio por el cual podemos obtener eventualmente la salvación». Además, el autor añade: «Si esta teoría es aceptada, la creencia de los universalistas (la de que todo será al fin salvado), es una cosa posible.» *(From Death to the Judgement Day,* por Geral D'Arcy, pág. 13).

Por otra parte, la doctrina de la reencarnación nos da la solución de muchas y graves dificultades. Reflexionad acerca de las terribles desigualdades que existen en el mundo. Si miramos lo que sucede en torno nuestro, en cualquier gran ciudad, veremos que algunos viven en medio del lujo y de la abundancia, mientras que otros se mueren de hambre; algunos que disfrutan de toda clase de ventajas, pues han nacido en un medio ambiente en donde se reciben las grandes enseñanzas del arte, de la música y de la filosofía, lo cual es lo más á propósito para desenvolver el aspecto moral de sus naturalezas, al paso que otros viven en medio del crimen y que prácticamente no tienen ninguna probabilidad de progreso moral durante esta reencarnación. Considerad un niño nacido en uno de los barrios más pobres de una gran ciudad, nacido en la atmósfera del crimen, de un padre borracho y de una madre ladrona. Este niño, desde los primeros momentos de su vida no ha visto otra cosa que el crimen y el pecado; nada ha visto de lo que constituye el lado

brillante de la vida y nada absolutamente sabe de ninguna religión. ¿Qué probabilidad de progreso tiene que en modo alguno sea igual á la que nosotros mismos hemos tenido? ¿Qué ventajas saca este niño de toda nuestra música, de nuestras artes, de nuestra literatura ó filosofía? Si de repente pudiérais sacarlo del centro que lo rodea y colocarlo entre nosotros, nada enteramente comprendería de nuestra vida, porque no ha sido educado para ella. Sus oportunidades no son seguramente en ningún sentido iguales á las nuestras. Si salís del círculo de los pueblos civilizados, hallaréis que en diversas partes del mundo existen todavía razas salvajes; ¿cuáles son las oportunidades de estas razas? No es posible concebir que estos hombres puedan desarrollarse tan completamente como nosotros. ¿De qué modo se ha de explicar esto?

C. W. Leadbeater

LO QUE ME PARECE LA TEOSOFÍA

Cansado vanamente de especular sobre ciertas contradicciones en que, á mi modo de ver, incurren los varios sistemas filosóficos que actualmente se disputan el predominio de las conciencias, no siéndome posible sentar el edificio de mis creencias sobre una base sólida, y tal como conviene á todo aquel que busca la verdad por la verdad misma, esto es, sin ideas preconcebidas, y sí sólo con el vehemente deseo de amoldar su conducta á las inmutables leyes que rigen todo lo formado, hubiera quizá inútilmente torturado mi pobre imaginación si la Teosofía—que para mí ha sido á modo de áncora de salvación—, no hubiera venido á abrir un portillo á través del cual he podido vislumbrar un rayo de luz que, aunque lejano por el momento, espero confiadamente que el tiempo y los continuados esfuerzos que me propongo realizar en lo sucesivo han de agrandar de manera tal que no quepa ya en mi alma la más ligera sombra de duda.

Siempre he creído que sólo con el trabajo y los reiterados esfuerzos dirigidos racionalmente hacia el sublime ideal de lo justo y bueno es como puede ensancharse ese portillo á través del cual se entra en el verdadero sendero que conduce á la ver-

dad sin velo, á aquella verdad que está por encima de todas las concepciones humanas y que sobrepuja en grandeza y esplendor á todo cuanto los más soñadores poetas de este bajo mundo hayan podido imaginar.

La Teosofía ofrece un vasto campo á todos aquellos que desean trabajar en pro de la evolución humana; facilita los medios para que el individuo alcance lenta, pero seguramente, el dominio de sí mismo; tarea difícil, pero de resultados seguros, si la voluntad es firme y el corazón es puro; coloca al ser humano en estado de poder comprender el verdadero objetivo de la vida, y señala además, clara y distintamente, los escollos que se deben evitar y el fin que se debe perseguir, y en todos sentidos combate á esa llaga social que se llama egoísmo, padre prolífico y generador de todos los vicios y corruptelas que degradan á nuestra actual sociedad.

La Teosofía no tiene más que un solo y único lema, la verdad para todos aquellos que sinceramente la buscan, y no hace distinción de raza, casta ó nacionalidad; pero por la misma razón de que enseña la verdad y suspira por el reinado de la justicia, por esto encuentra tantos contradictores, tantos enemigos que la denigran y combaten; pero esta tenaz oposición, esa guerra cruel y sistemática que le hacen los espíritus atrasados, no hacen más que probar su virtualidad y lo mucho que de ella pueden esperar los que suspiran para que la fraternidad entre los hombres sea un hecho. Si hubiera venido para halagar la vanidad, el sensualismo y la pereza de los poderosos, entonces se la hubiera recibido con un *hosanna;* pero no, ella, que es la verdad misma, no puede en manera alguna transigir con lo falso, lo deleznable y lo perecedero. Es, por lo tanto, muy lógico que en un mundo en donde todo es materia; en donde se ensalza el vicio y se posterga á la virtud; en donde la inmensa mayoría de las frentes se doblegan ante el becerro de oro; en donde se compran y venden las conciencias como si fueran vil mercancía; en donde la bajeza y la adulación rastrera son moneda corriente, es muy lógico, repetimos, que no hayan encontrado eco los ideales de abnegación y sacrificio que la Teosofía preconiza y sustenta; y estos ideales no los sustenta por mero capricho ni por espíritu de secta, como se pudiera maliciosamente suponer, sino que, al contrario, conocedora más que ninguna de las religiones exotéricas existentes—pues-

to que es la síntesis de todo lo más bello, bueno y moral que ellas contienen—de los arcanos y enigmas de la Naturaleza, obra y aconseja con perfecto conocimiento de causa; conoce y lamenta los terribles males que pesan sobre la humanidad; sabe á ciencia cierta dónde se halla la medicina que ha de restaurar sus perdidas fuerzas morales, y por ende las materiales, y restaña la abundante sangre que mana de sus abiertas heridas, y como madre cariñosa sólo quiere que sus hijos la obedezcan, á cuyo fin les señala el camino que conduce á la salud verdadera.

Pero la ley es ley, y, por lo tanto, soberanamente justa y absolutamente inexorable, sin cuyas cualidades no sería ley, y sin ley sería de todo punto imposible la existencia del universo. De aquí se sigue que toda doctrina ó ciencia es tanto más verdadera cuanto más sabe amoldar sus enseñanzas á la ley inmutable que todo lo preside; y como sea que la doctrina teosófica es, á nuestro modo de ver, la que más escrupulosamente ha sabido barrer de su credo los dogmas de dudosa procedencia, así como el culto externo y las genuflexiones inventadas para uso de conciencias dilatadas y de cerebros enfermos, de aquí que sólo pueda contar con el apoyo de aquellos que gustan sacrificar el bien propio, que significa el egoísmo, al bien común, que significa el altruísmo en todas sus formas y manifestaciones.

De lo expuesto se puede deducir fácilmente que, dado el escaso nivel moral que alcanza la actual sociedad, han de ser muy contados aquellos que resueltamente se pongan al lado de la Teosofía para combatir como campeones intrépidos que nada temen, que por nada se amilanan, ni nadie les arredra, porque están seguros de que al fin de la batalla encontrarán el premio, porque saben á ciencia cierta que todos aquellos que pelean por la verdad son invencibles, y que tarde ó temprano alcanzarán la victoria apetecida. Poco importa que sea reducido el número de los que á tan noble tarea dedican sus fuerzas y su vida, con tal que no cejen en sus elevados propósitos; uno sólo revolucionó medio mundo, y la fuerza y cooperación de aquel gigante del sacrificio no faltará á los que se hagan dignos de merecerlas. Pero aunque así no fuera, aunque cada uno de aquellos que se sacrifican por el bien común tuviera que luchar sólo, sin el auxilio VISIBLE de nadie, no por ello debe de-

clararse vencido, porque aquel que tiene verdadera fe en un ideal sublime es más fuerte por sí solo que todos los poderes del mal reunidos. Vale más una onza de oro puro que mil de escorias, y el mal, después de todo, no es más que la escoria que el bien ha rechazado lejos de sí.

Mirada la Teosofía bajo el punto de vista científico, abarca tanto y tanto, que le es bastante difícil al cerebro humano, y muy particularmente al cerebro occidental, el asimilarse siquiera sea una pequeña, una pequeñísima parte, del inmenso caudal de conocimientos que encierra. Esto hará quizá sonreir á muchos, pero será debido á que se han detenido en la superficie, á que han leído poco y de corrido, ó no han leído nada, ó quizá, y esto es lo peor, será debido á que han dejado que el demonio de la presunción y del orgullo les haya hecho entender que su inteligencia está lo suficientemente desarrollada para poder asimilarse todo cuanto pasa por su cerebro de carne. El suponer que el hombre, tal como es ahora, es capaz de comprender todo cuanto existe en el universo que habitamos, es un error craso, es un miserable engendro del orgullo, nuestro mortal enemigo, el cual nos ciega hasta el extremo de no dejarnos percibir que hay en la Naturaleza infinidad de leyes y cosas que somos totalmente incapaces de comprender; nos ciega hasta el punto que no sabemos ver que nuestro cerebro de niño no está en condiciones de abarcar todo lo que la Naturaleza contiene, del mismo modo que lo pequeño no puede abarcar á lo grande, lo finito á lo infinito.

Para asimilarse algo de lo que la Teosofía enseña es necesario poseer algo más que un simple cerebro de materia enfermiza; es necesario que la percepción espiritual se despierte, que ciertas aptitudes que dormitan en nuestro interior, y que son ahogadas por la carne, salgan á la superficie, y entonces, y sólo entonces, podremos emitir un juicio que esté más conforme con la verdad, porque no juzgaremos con los ojos de la carne, la cual, tratándose de planos superiores al suyo, siempre yerra por la razón antedicha, esto es, porque lo pequeño no puede en manera alguna comprender á lo grande.

Tenemos la seguridad de que todos aquellos que se dediquen al estudio de la Teosofía no se arrepentirán de ello; tenemos la seguridad de que no dirán que han perdido el tiempo, como desgraciadamente se pierde en tantas y tantas cosas in-

útiles y hasta perjudiciales, á las cuales se dedican muchos para matar el tiempo y para divertirse y solazarse. La tierra no es lugar de solaz y esparcimiento, sino que es una escuela en donde el alma debe aprender las lecciones que deben librarla de las cadenas de la ignorancia, y si mientras se halla en ella no aprovecha su tiempo, si mientras se halla en ella no estudia, entonces pierde lastimosamente el lapso de tiempo que llamamos vida terrena, y sale de ella, por decirlo así, con las manos vacías, en vez de obtener la cosecha de experiencias que hubiera podido adquirir si hubiese aprovechado el tiempo, experiencias que aporta y le sirven de base para su progreso en vidas sucesivas.

No somos más explícitos porque nos falta espacio; pero si las circunstancias nos son favorables, y nuestras ocupaciones nos lo permiten, muy en breve ampliaremos algo más nuestro pensamiento. Sin embargo, debemos decir aquí que para sacar algún provecho del estudio de la Teosofía es de todo punto indispensable que el estudiante sea un hombre sincero, despreocupado y de tendencias nobles y altruístas, así como es indispensable que sea tan librepensador como le sea posible, puesto que la Teosofía no teme el libre examen, sino que, por el contrario, lo aconseja, lo sustenta y lo practica, y puede decirse, en estricta verdad, que la Teosofía es, como cuerpo científico y moral, el primer libre pensamiento y el primer libre examen que existe en el mundo. Por lo tanto, la Teosofía no le dice al hombre que debe creer, sino que debe ver por sí mismo; no le dice que debe aceptar las opiniones de los demás, sino que debe adquirir el conocimiento por medio de sus propios esfuerzos; pero también le dice que para ver es necesario esforzarse en abrir los ojos, que para saber es necesario dedicarse con ahinco al trabajo y al estudio.

Alfonso TORNADO

LA MUERTE

Para que los intérpretes de la ciencia oficial pudieran hablar con propiedad de la muerte, sería necesario que tuvieran alguna noción exacta de la vida.

Esa *noción exacta* no podrá derivarla jamás la ciencia de hipótesis ó suposiciones, de la disparidad de opiniones, de las contradicciones reveladoras del completo desconocimiento de la materia, pues no se concibe el desacuerdo entre personas que profesan unos mismos principios fundamentales sino como manifestación de la más completa ignorancia respecto de aquello que es la unidad como esencia, como efecto, como todo.

Entre dos profesores materialistas, médicos, por ejemplo, que siguen los mismos métodos de investigación y llegan á conclusiones diversas sobre la misma materia, ¿unos y otros habrán alcanzado la verdad, ó ambos estarán en el error?

Si esos mismos *sabios* no llegan á ponerse jamás de acuerdo sobre cosas más triviales que han observado reiteradas veces, ¿será presumible que lleguen á ser oráculos en materia más complicada y que sólo conocen como manifestación?

Menos abstracto, menos obstruso, menos complicado que conocer el origen de la vida, que saber en qué consiste el fenómeno vital, que saber en qué es la muerte, cuándo comienza y cuándo termina, es saber cuál es la causa de una enfermedad, saber cómo se manifiesta y cómo se cura; sin embargo, veinte médicos que han estudiado la misma materia, que han aprendido en unos mismos libros, asistido al mismo curso universitario y observado muchas veces una misma enfermedad, después de examinar al mismo enfermo formularán veinte diagnósticos distintos, seguidos de veinte pronósticos diversos y de veinte tratamientos que en nada se parecen, ni por los medios curativos de que se valen, ni por los métodos que recomiendan, ni por los resultados que han de seguirse.

¿Y qué ciencia es esa que no puede dar unidad de criterio, unidad de conocimientos, unidad de acción ni unidad de conciencia? ¿Y serán esos cientistas, que aún están por conocer las enfermedades y los medios de curarlas, los que podrán decir algo racional en relación con la vida ó en relación con la muerte.....?

De las ciencias oficiales, la medicina, por su especialidad, es la que está más en contacto con el *fenómeno vida* y con el *fenómeno muerte*; pero la medicina es tan impotente para conservar y prolongar la vida como para contener ó aplazar la muerte. Y esa impotencia resulta de que las causas primordiales de uno y otro fenómeno están fuera del plano físico, que es

el único campo de acción para el médico, ya proceda como investigador ó ya como normalizador. Y por eso el médico nunca sabe si los medicamentos curan ó matan, ni por qué curan en unos casos ó matan en otros. Para llegar á ese conocimiento tendrán que saber cuándo tiene la enfermedad una causa suprafísica y cómo se manejan las leyes ocultas de la naturaleza para producir fuera del plano material la causa niveladora que ha de traer como efecto físico el restablecimiento de la salud.

El taumaturgo cura sin medicamentos, así como curaba Jesús, como curaba Pablo de Tarso, como curaba Apolonio de Tiana y Jámblico y Plotino..... (1) y como cura cualquier iniciado en la India; y esto prueba dos cosas: primera, que los medicamentos ó medios materiales ó físicos no son esencialmente necesarios para curar las enfermedades; segunda, que las enfermedades no tienen como causa primordial ó mediata algo que sea físico ó material por su naturaleza. La misma prueba resulta de las curaciones que se obtienen por el hipnotismo, por el magnetismo, por la aplicación de un amuleto, por el uso del agua de Lourdes ú otro medio semejante.

Quien cura sin medicamentos es dueño de la vida ó de la muerte en cualquier estado de la evolución, y así vemos que el taumaturgo produce uno ú otro fenómeno á voluntad, ora sea resucitando á Lázaro en estado de putrefacción (y han sido muchos los Lázaros que otros tantos Cristos han vuelto á la vida), ó ya secando la higuera en menos tiempo del que se necesita para relatar el hecho; y son los taumaturgos, como también los *clarividentes*, LOS ÚNICOS que pueden saber cuándo comienza la muerte y cuándo termina ese proceso misterioso para el médico.

Y es tan misterioso, que esa ciencia del error no tiene un solo dato en qué fundarse para declarar la muerte. No es signo cierto la faz *hipocrática*, ni la ausencia de calor, ni la falta de circulación de la sangre, ni la suspensión de las funciones respiratorias, ni aun siquiera, en muchos casos, la descomposi-

(1) La prensa extranjera ha dado cuenta de un médico, graduado hace algún tiempo en una Universidad de Rusia por influencia del Czar, no obstante el que no hubiera seguido ningún curso universitario. De ese docto, que pasma á los doctores, se refiere que recientemente en París, y en presencia de un público inteligente y numeroso, curó un caso de *meningitis tuberculosa* por un acto puramente volitivo. ¿Qué dirán los médicos de semejante curación?

ción, *único signo inequívoco* para el cientista. No todo organismo en que ha comenzado y continúa el proceso de la descomposición del conjunto está privado de vida. La descomposición puede venir por varias causas físicas mucho antes que la vida se haya retirado de la forma ó conjunto organizado, y así resulta que muchos muertos, según la ciencia escolástica, están completamente vivos á los ojos del ocultista, aunque privados de algunas condiciones inherentes á la vida.

La muerte, en todos los casos, es aparente para el médico, pues un galeno nunca sabe, ni puede saber con el auxilio de su ciencia, cuándo ha tenido lugar la cesación de la vida del conjunto orgánico, cuándo se verifica el cambio de conciencia que produce la muerte, cuándo renace el hombre en el cuerpo etéreo ó rarificado de que nos habla Pablo el apóstol, para que en esa forma menos densa tenga lugar la segunda muerte á que se refiere Juan en el Apocalipsis.

La muerte se realiza en el momento preciso en que los *principios invisibles ó el alma*, según los cristianos, abandonan la forma que sirviera de vehículo al hombre inmortal, al *yo interno*, al *Ego* ó como se le quiera llamar, ya que el nombre es cosa que vale poco; pues bien, ese abandono, alejamiento, separación ó desintegración (como se quiera entender), se verifica antes ó después de haber comenzado la descomposición, cosa que no podrá ver el médico que no tiene desarrollados los sentidos internos, y que por eso tantas cosas ignora en relación con la vida, y es más ignorante aún en presencia de la muerte.....

Muchas vidas y muchas muertes tendrán que experimentar los fabricadores de hipótesis para que puedan errar menos cuando hablen de la vida, para que puedan tener una remota idea del para ellos impenetrable *misterio* de la muerte.

Por nuestra parte, examinaremos en las próximas ediciones los dos puntos de vista que ofrece la cuestión desde el momento mismo en que tiene lugar la muerte.

El primero de esos puntos tiene por objeto el cuerpo; el segundo se refiere *al alma* ó principios inmateriales.

P. V. López FONTAINÉS

LAS COMUNICACIONES ENTRE LOS PLANETAS

Los principios de la mecánica celeste no contradicen en nada á la realización teórica de este problema, cuya solución sería sencillamente «posible» si se llegase á disponer de una velocidad inicial bastante alta. Examinemos las grandes velocidades materiales que el genio humano ha llegado á obtener en las combinaciones mecánicas que imaginó y las que se encuentran en la naturaleza.

Los hombres han conseguido las velocidades mayores de traslación en los aparatos destinados á destruir á sus semejantes con las armas de fuego. Los proyectiles lanzados por las piezas de artillería tienen el privilegio de esa velocidad máxima, y, sin embargo, no se ha podido pasar de una velocidad de 1.000 metros en el primer segundo.

En la naturaleza, ciertas velocidades, consideradas durante mucho tiempo como superiores, tales como las de las capas atmosféricas (¿no se decía y no se dice aún «rápido como el viento»?), son relativamente irrisorias, pues la locomoción automóvil en los caminos llega á sobrepujarlas. Donde hay que buscar las velocidades de traslación más elevadas es en la gravitación de los cuerpos celestes. Los planetas que circulan alrededor de nuestro Sol se mueven con tanta más rapidez cuanto más cerca de él están. Mercurio es, por tanto, el que corre en su órbita con la velocidad lineal mayor, unos 46 kilómetros por segundo. ¿Es esa una velocidad suficiente en el problema de que se trata?

Si consideramos al astro más cercano á nosotros, nuestro satélite la Luna, limitándonos en una aproximación grosera, ó calcular el tiempo que invertiría en recorrer esa distancia un móvil que se trasladara en línea recta con dicha velocidad uniforme, vemos que el trayecto duraría unas dos horas y cuarto, lo que es muy razonable.

Elijamos ahora el planeta más cercano, Venus, la hermosa estrella del amor. Por el mismo cálculo resulta un viaje de diez días y medio, lo que es más serio ya. En fin, si todos los planetas conocidos de nuestro sistema, tomamos el que navega á mayor distancia de la tierra, Neptuno, llegamos á una cifra que da que pensar, á tres años consecutivos de viaje por el espacio.

Existe en la naturaleza una velocidad que puede considerarse como el *summum* de las grandezas de este género, la de la propagación de la luz, que no es menor de 300.000 kilómetros por segundo. M. Gustavo Le Bon, en un artículo titulado «La materialización de la energía», que publicó la *Revue Scientifique* el 15 de Octubre de 1904, ha averiguado cuál sería la carga de pólvora necesaria para imprimir á una bala de fusil de 15 gramos de peso una velocidad inicial igual al tercio de la velocidad de la luz. Llega á cifras ante las cuales hay que inclinarse.

Nosotros dijimos ya en otro artículo sobre este asunto que la velocidad de la luz, tomada como término de comparación, era imposible de alcanzar, que no era posible ni acercarse á ella, pues la teoría ondulatoria de la luz muestra que no hay en el fenómeno transporte materia sino una simple oscilación repetida hasta el infinito y propagada con una velocidad fantástica.

La teoría de la emisión de Newton nos hubiera autorizado para hablar de otra manera. Ella sola podía hacer posible al espíritu la proyección de materia á velocidades locas que la teoría ondulatoria nos obligaba á negar; pero no podíamos prevalernos de esa vieja doctrina, desde hace mucho tiempo abandonada.

Sin embargo, en cierto modo se vuelve á ella en nuestros días, y desde ahora, ante los fenómenos radio-activos, entrevemos la realización de estas velocidades, que exceden á cuanto nuestra industria mecánica nos hacía esperar.

Todo el mundo ha oído hablar de las propiedades extraordinarias del radio; pocos descubrimientos científicos han llamado la atención, apasionando á la opinión pública, como las virtudes maravillosas de ese rarísimo metal. Lo que se conoce menos, porque la prensa diaria ha guardado al respecto silencio, es que el radio sólo posee en grado elevado propiedades

comunes á todos los cuerpos, y que la radioactividad es un fenómeno universal. El doctor Gustavo Le Bon, que prosigue asiduamente el estudio del asunto desde hace años, ha llegado á conclusiones más curiosas que las propiedades observadas directamente en el radio y los metales análogos.

Es difícil aún resumir aquí brevemente los resultados de sus trabajos. Citaremos sólo los hechos nuevos, á los que encontremos inmediata aplicación en el arduo problema de que tratamos:

1.° El átomo, considerado por mucho tiempo como simple é indestructible, es de naturaleza compleja, un verdadero sistema solar en miniatura, y se disgrega lentamente para desvanecerse por fin en el éter.

2.° Al disgregarse, los átomos se transforman en energía; la materia no es, pues, sino energía condensada, bajo una forma particular, á la que se ha dado el nombre de energía intraatómica.

Pero dejemos la palabra al autor de esas observaciones:

«La energía intra-atómica, dice, constituye una fuerza nueva, probablemente utilizable algún día, y por completo diferente de todas las que conocemos. Ella es el origen de los fenómenos llamados radio-activos. La existencia de la energía intra-atómica se revela por los efectos que produce la disgregación de los átomos. Tiene como caracteres esenciales su muy gran estado de condensación, en un volumen muy escaso, la estabilidad de los equilibrios que puede formar y su colosal grandeza, inmensamente superiores á la de todas las formas de energías conocidas.»

Es fácil demostrar, por un cálculo de los más sencillos, la enormidad de la energía de que se trata. Se sabe que los cuerpos radio-activos emiten sin cesar partículas en el espacio, con una velocidad muy grande; ese bombardeo continuo se hace visible en el «spinthariscopio». Se ha podido medir la velocidad de las partículas radio-activas, que varía, según la clase de emisión, de 100.000 kilómetros por segundo á 300.000 kilómetros, velocidad de la luz. Si se toma la cifra menos alta, para quedar por debajo del valor real del resultado, nada es más sencillo que calcular la energía disponible en un peso dado de materia, energía que ella restituiría enteramente por la disgregación completa de sus átomos. En efecto, según uno de los

teoremas fundamentales de la mecánica, el trabajo engendrado por un cuerpo en movimiento es igual á la mitad del producto de su masa por el cuadrado de la velocidad.

En todos estos cálculos se hace abstracción del tiempo; si éste interviene, entonces el problema se eriza de dificultades. El radio, espontáneamente radio-activo, cuya disgregación atómica es la más rápida de las observadas, se disgrega tan lentamente que, después de varios años, no se comprueba pérdida apreciable en su peso. Dicho en otra forma, esa colosal energía, encerrada en la materia bruta de que acabamos de dar idea, es por el momento inutilizable. Pero ¿lo será siempre? ¿No se llegará un día ú otro á provocar la disgregación rápida de la materia y á arrebatar la energía enorme encadenada en su seno?

Puede esperarse tal cosa, y con ella surge ante nosotros un medio futuro de realizar las velocidades colosales que exigirían las comunicaciones interplanetarias.

Una vez admitida la existencia de esa energía intra-atómica, y demostrada su gigantesca grandeza, quedaría por estudiar:

1.° De qué modo podrá libertarse.

2.° De qué manera se le utilizará para imprimir á objetos materiales las velocidades necesarias, á fin de pasar de la tierra á otros planetas.

En este punto vagamos por completo en lo desconocido. Muchos sabios permanecen incrédulos ante la perspectiva de la utilización práctica de la nueva energía. M. A. J. Balfour, en su discurso presidencial del Congreso de la Asociación Británica para el fomento de las ciencias, se expresaba en los siguientes términos:

«Este prodigioso mecanismo parece no estar en la esfera de nuestros intereses inmediatos. Vivimos, por decirlo así, en sus límites; no nos hace promesa alguna de valor utilitario; no hará dar vueltas á nuestros molinos; no podemos engancharlo á nuestras razones.»

M. Gustavo Le Bon emplea un lenguaje menos desesperante, diciendo así: «Y no sólo, desde el punto de vista de la teoría pura, es necesario profundizar el estudio de los universos atómicos y de las energías colosales de que son asiento. La ciencia está quizá en vísperas de apoderarse de esas energías de

que no se sospechaba la existencia y de hacer de este modo inútil la extracción de la hulla.»

En un libro, interesante por más de un concepto, *Lo desconocido y los problemas psíquicos*, M. Camilo Flammarion ha dedicado dos capítulos típicos á dos clases de personas: las crédulas y las incrédulas. Se comprueba allí con estupor, á la vista de numerosos ejemplos sacados de la historia, que muchos sabios, hoy día en estatuas, se equivocaron groseramente en sus previsiones, negando hechos y consecuencias que hoy nos parecen elementales.

También debe evitarse el exceso contrario, no hay que negar ni afirmar de manera absoluta; creemos quedar en el justo medio, como hemos tratado de hacerlo hasta aquí, emitiendo simplemente la opinión de una «posibilidad».

Dirigiéndonos á los incrédulos diremos: ¿Cuántos siglos hace que se conoce el agua y el combustible, carbón ú otra materia, que sirve para evaporarla? ¿Y cuántos años hace que existe la máquina de vapor?

Una vez resuelta la liberación de la energía intra-atómica por un procedimiento que todavía no es posible prever, ¿cuál es la máquina que podrá utilizarla?

Debe notarse que este problema se halla ligado íntimamente con el anterior, siendo probable que uno y otro se resuelvan al mismo tiempo. Por tanto, nuestra vista es tan limitada en este caso como en el primero.

Es imposible prever el tipo de máquina que realice las velocidades enormes que nos son necesarias si se llega á libertar la energía atómica para que sirva á nuestra industria. Pero la fuerza elástica del vapor de agua era conocida desde hace mucho tiempo. Herón de Alejandría la mostraba palpablemente en su eolipilo, aquel juguete precursor, y nadie preveía la máquina de vapor, su forma, ni las transformaciones del movimiento que puede realizar.

El día en que la energía intra-atómica, disponible en todos los materiales, reemplace á la hulla agotable y pronto agotada, si llega á lucir ese día, las máquinas variarían de tipos, según que se trate de mover lentamente masas pesadas ó de imprimir grandes velocidades á masas de menos peso.

Este segundo punto es el que hay que considerar en el problema de las comunicaciones interplanetarias.

Hagamos un paralelo entre el motor de explosión actual (cuya fuente de energía está en combinaciones químicas, en que se respetan los átomos, pero se destruyen las moléculas nuevas) y la máquina futura, que saque su energía de la disgregación de los átomos, la cual da origen á productos de naturaleza intermedia entre la materia y el éter. Así como la antigua, la nueva máquina tendría la función de transformar la energía (semiproducto de la masa de los átomos disgregados por el cuadrado de su velocidad de proyección) y de darle una nueva forma, en que la masa sería aumentada con detrimento de la velocidad, reducida en proporciones tales que el producto anterior quedase constante.

No es necesario tomar, para las comunicaciones interplanetarias, velocidades iguales á las de la luz ó de las partículas catódicas. Según lo que hemos visto al principio, una velocidad de 10 kilómetros por segundo bastaría para llegar á la Luna en un lapso de tiempo razonable. Para las comunicaciones interplanetarias, propiamente dichas, se necesitará disponer de una velocidad de traslación más considerable, de centenares ó millares de kilómetros por segundo, según la distancia del planeta de que se trate.

Por la descomposición atómica en un tiempo muy corto, comparable al de la deflagración en las armas de fuego de una cantidad de materia inferior á la que se trata de proyectar, puede pensarse en la posibilidad de animar con velocidad suficiente varios miles de veces superior á la de los proyectiles actuales, á masas tan considerables como la de un tren moderno de viajeros.

Atrevámonos á pasar, en último término, á las comunicaciones con las estrellas, es decir, con los sistemas solares. Aquí, la velocidad de las partículas catódicas, lejos de ser considerable, es insuficiente. El tren, con una velocidad de 100.000 kilómetros por segundo, invertiría trece años en llegar al Alfa Centauro, la estrella más cercana. ¿Qué pasajeros se decidirían á emprender una travesía de trece años consecutivos por los espacios etéreos?

Pero manteniendo siempre constante el famoso producto de la masa por el cuadrado de la velocidad, ¿no se podría, como última audacia, llegar á imprimir una velocidad superior á la de las partículas catódicas y aun á la de la luz, disgregando

masas de un peso superior al de las destinadas á proyectarse?

La máquina que realizase tal ensueño sería la última palabra de la perfección.

Hace menos de dos años semejantes especulaciones habrían pasado como cosa fantástica. Muchas personas se resistirán á admitir la posibilidad de las consecuencias que adelantamos. Les diremos, como excusa, que no está prohibido al sabio comulgar con el poeta á sus horas, salir de la prosa de las pacientes investigaciones en que se consume en la profundidades del laboratorio para elevar su alma á otras regiones, y al entrever en la materia bruta una fuente de energía que pasa los límites de la imaginación, antes de preguntarse cómo conseguirá libertar esa energía, que parece encadenada para siempre, soñar con aplicaciones formidables para ella, en acción con su inmensidad misma.

Pero no llevemos demasiado lejos nuestras locas pretensiones. Abandonemos la conquista de las estrellas. Es ya bastante hermoso entrever la realización posible de las comunicaciones interplanetarias, aunque sea con un montón de dudas en cuanto á la clave. La posibilidad teórica de estos viajes á través de los espacios etéreos, que hace dos años trazamos los numerosos signos de interrogación, ha avanzado un paso. Contentémonos con esto y detengámonos ahí. Si se da un nuevo paso y se suprime una segunda duda, volveremos á la carga. Y esforcémonos por olvidar, para que no se bambolee mucho el frágil edificio de nuestro ensueño, que quizá transcurran siglos antes de adelantar ese paso.

Se han escrito páginas y páginas sobre las utopias sociales; ¿por qué no ha de permitirse llenar algunas tratando de las utopias científicas?

A. LE MEE

LAS PIEDRAS

Vive en cada piedra un alma dormida
que un sueño de hierro retiene rendida,
y nada hay que pueda tal sueño romper:

vive en cada piedra un ser misterioso,
que en vano pretende surgir del reposo
y su propia cárcel rasgar con su sér.
Vive en cada piedra un alma cautiva
que está como muerta hallándose viva,
que yace enterrada y anhela salir;
que espera del juicio final la trompeta
para que dejando su vida secreta
sacuda, espantada, su horrible dormir.
Mirad de las piedras las rígidas caras;
¡qué varias, qué mudas, qué quietas, qué raras!
sus líneas retuerce febril contorsión;
el que hizo sus duros esbozos sutiles,
de un mundo de rostros soñó los perfiles
y el mundo de caras dejó en embrión.
En una cabeza trazó la amplia frente
donde el sol enreda su llama riente,
y el resto del rostro dejó sin trazar;
y en otra tocando formó las guedejas,
mas luego que en bucles rizó sus madejas
la boca y los ojos no quiso formar.
Los labios en una dejó diseñados
cual áureos panales de bordes dorados
y dióles su gracia la luz del cincel;
mas aquellos labios de brillo esplendente
se ríen sin sienes, sin ojos, sin frente,
y á nadie le brindan sus besos de miel.
A un recio peñasco, cual gloria suprema,
igual que á una frente colgó una diadema
que va hacia la nuca sus puntas á atar;
mas no tiene cara la frente radiosa
y nadie comprende si es reina, si es diosa,
si es hada del río ú ondina del mar.
Mirad qué gigante; su torso es tremendo,
es hércules rudo su espalda poniendo
al monte, que intenta cambiar del revés;
su cuello es pujante, sus brazos membrudos,
sus dos pechos fingen dos férreos escudos,
mas no tiene cara, ni manos, ni pies.
Allí de otra piedra la faz se divisa,
su boca despliega burlona sonrisa
y muestra la barba cual roja espiral;
carátula horrenda parece el semblante,
como si saliera del círculo errante

que traza girando febril carnaval.
Imita un pedrusco monjil abadesa
tendida en el mármol fatal de la huesa,
ungido el semblante de extraño interés;
la frente con flores, los dedos de encaje,
y el lienzo de piedra que forma su traje
en rígidas tablas llegando á los pies.
Mirad aquel risco medroso y severo,
de lejos parece triunfante guerrero
con casco, con peto, con lanza sutil;
se ve de más cerca su altiva figura,
y no tiene espada, ni tiene armadura,
ni yelmo, ni espuelas, ni pluma gentil.
Habita las piedras un mundo de séres
de raros varones y extrañas mujeres
que esperan un día su encanto romper;
abrir de su encierro los poros tupidos,
sacar de lo inmóvil color y sentidos
y hablar espantados y echar á correr.
A veces me abismo mirando una piedra,
y fijo en su rostro me pasma y arredra,
pues sé lo que sufre de ver su prisión;
y entonces, mi boca juntando á su boca,
beso suspirando sus labios de roca
y entono esta leve sentida oración:
«Almas que en las piedras gemís encerradas,
almas que en las piedras vivís resignadas,
de una catalepsia sujetas al mal;
que desde los bloques de senos oscuros
esperáis los días de tiempos futuros
en que os desencante poder celestial.
»¿En qué otras materias vivisteis tejidas?
¿tuvisteis diversas maneras de vidas?
¿supisteis acaso lo que es el amor?
¿fuisteis troncos, mónstruos, espíritus, fieras?
¿pájaros errantes de plumas ligeras?
¿carne humana y triste sujeta al dolor?
»¿Por cuántas pasasteis distintas escalas
antes que en las piedras plegarais las alas?
¿acaso habéis sido feliz vegetal?
¿después bravas ondas de mares potentes?
¿después conchas, nácares y perlas lucientes?
¿moléculas luego de roca brutal?
»Yo sé que vosotras tenéis almas puras

que lloran en quietas mazmorras oscuras
por siglos de siglos su horrible dolor;
y yo que en mazmorra de vil carne humana
lloro cual vosotras y aguardo un mañana
junto á vuestras penas mi intenso clamor.
»Piedras y hombres suben por largos teclados
y allá van en carne ó en roca encerrados
hacia un enigmático remoto confín;
todos en la vida somos pasajeros,
todos somos tristes, todos prisioneros,
¡y es todo una cuerda sin alfa ni fin!
»Los hombres que os tornan seguras viviendas
cual fieras se traban en rojas contiendas
vuestra unión sublime sin vér ni imitar;
en tanto vosotras, al aire impelidas,
formáis en brazos de amores prendidas,
casas, puentes, templos y á Dios un altar.
»Como letanías de piedras austeras
alzáis en el mundo cien mil escaleras
que van de las nobles alturas en pos;
y esas escaleras que fingen collares
parecen las gradas de santos altares
que aspiran, subiendo, llegar hasta Dios.
»Los hombres no forman escalas de vidas,
sus frentes ajadas no tienen subidas
para ir á las cumbres del bello ideal;
no traman sus besos de nobles hermanos,
ni enlazan los pechos, las frentes, las manos,
en una escalera de luz inmortal.»
Así mi plegaria de leves sonidos
susurra á las piedras con tristes gemidos
cual aire que agita doliente sauz;
y sueño en que, unidos por almas y nombres,
formen, cual las piedras, tramados los hombres,
una inmensa escala de amor y de luz.
Amad á las piedras, que son formas puras;
no pisad con ira sus caras obscuras;
sus rostros extraños debéis adorar;
su humildad me inspira dolor tan profundo,
¡que por no ir pisando las piedras del mundo
quisiera unas alas y en ellas volar!

Salvador RUEDA

EMERSON

«Sólo una cosa importa—dice Novalis—; encontrar nuestro yo trascendental.» Este yo muchas veces ofrécese á nosotros en las palabras de Dios, en las de los poetas y de los sabios, en el fondo de algunas alegrías y de algunos dolores, en el sueño, el amor y las enfermedades, y en coyunturas inesperadas, donde desde lejos nos hace señas y nos muestra con el dedo nuestras relaciones con el universo. Algunos sabios no se aferraron sino á esta cosa, y escribieron libros en que únicamente reina lo extraordinario. «¿Qué hay de valor en los libros—dice el citado autor—sino lo trascendental y lo extraordinario?» Eran como pintores que se esforzaron en tomar un parecido en las tinieblas. Unos trazaron imágenes abstractas, muy grandes, pero casi indistintas. Los otros lograron fijar una actitud ó un gesto habitual de la vida superior. Muchos imaginaron séres extraños. Existen aún bastantes de estas imágenes. Nunca se asemejarán. Algunas son muy bellas, y los que no las han visto se parecen á hombres que nunca salieron al centro de la luz. Resulta que las líneas aquellas son más puras que las lineas del cielo, y que aquellas figuras parécennos tan lejanas, que ignoramos si viven ó si fueron copiadas de nosotros. Son la obra de los místicos puros, y el hombre no se reconoce en ellas aún. Otros, á quienes se llama poetas, nos hablan de estas cosas indirectamente. La tercera clase de pensadores, elevando en un grado el viejo mito de los centauros, nos ha dado de esta oculta identidad una imagen más accesible, mezclando las líneas de nuestro yo aparente con las de nuestro yo superior. El rostro de nuestra alma divina sonríe allí á cada instante por encima del hombro de su hermana, el alma humana, inclinada en las humildes tatareas del pensamiento; y esta sonrisa que, al pasar, nos hace entrever todo lo que hay más allá del pensamiento, es lo sólo importante en las obras de los hombres...

No son muchos los que nos probaron que el hombre es más grande y más profundo que el hombre, y consiguieron fijar así algunas de las eternas alusiones que á cada instante encontramos en la vida, en un gesto, en una seña, en una mirada, en una palabra, en un silencio y en todos los acontecimientos que nos rodean. La ciencia de la grandeza humana es la más extraña de las cienciencias. Ningún hombre la desconoce; pero casi todos ignoran que la poseen. El niño con quien

me encuentro no sería capaz de decir á su madre lo que ha visto; y, sin embargo, desde el momento en que su ojo tocara mi presencia, sabe todo lo que soy, todo lo que fuí, todo lo que seré, también como mi hermano y tres veces mejor que yo mismo. Me conoce inmediatamente en el pasado y el porvenir, en este mundo y en los otros, y sus ojos me revelan á su vez el papel que desempeño en el universo y en la eternidad. Las almas infalibles se han juzgado una á otra y desde el momento en que su mirada admitió la mirada mía, mi rostro, mi actitud y todo el infinito que les rodea y del que son los intérpretes, sabe á qué atenerse respecto á mí; y aun cuando todavía no distinga la corona de un emperador ni el báculo de un mendigo, me ha conocido en un instante con tanta exactitud como Dios.

Verdad es que obramos ya como dioses, y que toda nuestra vida pasa en medio de certezas y de infalibilidades infinitas. Pero somos ciegos que jugamos con piedras preciosas á lo largo de los caminos; y este hombre que llama á mi puerta gasta, en el momento de saludarme, tan maravillosos tesoros espirituales como el príncipe á quien hubiera yo librado de la muerte. Le abro, y en un instante ve á sus pies, como desde lo alto de una torre, todo lo que tiene lugar entre dos almas. La lugareña á quien interrogo acerca del camino que debo seguir, es por mí juzgada tan trofundamente como si la interrogara acerca de la vida de su madre, y su alma me habló tan íntimamente como la de mi prometida. Sube á toda prisa hasta los más altos misterios antes de contestarme; luego me dice tranquilamente, sabiendo de repente quién soy yo, que debo tomar el sendero de la izquierda. Si paso una hora en medio de una muchedumbre, he juzgado mil veces, sin decir nada y sin pensar en ello un momento, á muertos y vivos, y ¿cuál de estos juicios será reformado el último día? Hay en este aposento cinco ó seis séres que hablan de la lluvia y del buen tiempo; mas por encima de esta conversación miserable, seis almas sostienen un diálogo al que ninguna sabiduría humana podría aproximarse sin peligro; y aun cuando hablen al través de sus miradas, sus manos, su rostro y toda su presencia, siempre ignoran lo que dicen. Es menester, no obstante, que esperen el fin del ininteligible diálogo; y hé aquí por qué tiene no sé qué alegría misteriosa en su fastidio, sin conocer que en ellas escuchan todas las leyes de la vida, de la muerte y del amor, que pasan como ríos inagotables en torno de la casa.

Lo propio ocurre siempre y en todas partes. No vivimos sino con arreglo á nuestro sér trascendental, cuyas acciones y pensamientos atraviesan á cada instante la envoltura que nos rodea. Voy á ver á un amigo á quien nunca he visto, pero cuya obra conozco, y del que sé que su alma es extraordinaria y que ha pasado la vida manifestándola tan exactamente como era posible, con arreglo al deber de las inteligencias superiores. Estoy lleno de inquietudes y es esta una hora solemne.

Entra, y todas las explicaciones que nos ha dado por espacio de muchos años caen hechas polvo al moverse la puerta que se abre ante él. No es lo que se figura ser. Es de otra naturaleza que sus pensamientos. Una vez más observamos que los emisarios del espíritu son siempre infieles. Ha dicho respecto á su alma cosas profundísimas; pero en aquel corto instante que separa la mirada que se detiene de la mirada que se aleja, he sabido todo lo que jamás podrá él decir y lo que nunca podrá hacer vivir en su espíritu. Me pertenece en lo sucesivo. En otro tiempo estábamos unidos por el pensamiento. Hoy, una cosa mil veces más misteriosa que el pensamiento, nos entrega el uno al otro. Años y años hacía que esperábamos aquel momento, y he aquí que sentimos que todo es inútil, y, por miedo al silencio, nosotros, que nos habíamos preparado para mostrarnos tesoros secretos y prodigiosos, hablamos de la hora que ha dado ó del sol que se pone, á fin de procurar á nuestras almas el tiempo de admirarse y de abrazarse en otro silencio que el murmullo de los labios y del pensamiento no podrá turbar...

En el fondo no vivimos sino de alma á alma, y somos dioses que se desconocen. Si me es imposible esta noche soportar mi soledad, y si desciendo entre los hombres, me dirán que la tormenta acaba de arrancar sus peras ó que las últimas heladas han cerrado el puerto. ¿Para esto descendí yo? Y sin embargo, me iré no tardando mucho, el alma tan satisfecha y llena de fuerza y de tesoros nuevos, como si hubiese pasado estas horas con Platón, Sócrates y Marco Aurelio. Lo que decía su boca no se oía junto á lo que proclamaba su presencia, y es imposible al hombre no ser grande y admirable. Lo que idea el pensamiento no tiene importancia alguna junto á la verdad que nosotros somos y que se afirma en el silencio; y si, después de cincuenta años de soledad, Epícteto, Gœthe y San Pablo abordaron en mi isla, no podrían decirme lo que me diría en el mismo instante y más inmediatamente el grumetillo de su nave.

En verdad, lo que hay de más extraño en el hombre es su gravedad y su sabiduría ocultas. El más frívolo no ríe nunca realmente entre nosotros, y no obstante sus esfuerzos, no logra perder un minuto, porque el alma humana está atenta y no hace nada inútil. *Ernst ist das Leben,* la vida es grave, y nuestra alma no ha sonreído aún en el fondo de nuestro sér. Del otro lado nuestras agitaciones involuntarias, llevamos una existencia maravillosa, inmóvil y purísima y muy segura, á la que sin cesar aluden las manos que se extienden, los ojos que se abren, las miradas que se encuentran.

Todos nuestros órganos son los cómplices místicos de un sér superior, y no es nunca un hombre, sino un alma, lo que hemos conocido. No vi á aquel pobre que pedía limosna junto á mi puerta, pero distinguí otra cosa: en nuestros ojos, dos destinos idénticos se saludaban y se amaban, y, en el momento en que yo le alargaba la mano, la puertecilla

de la casa se entreabría un instante sobre el mar. «En mis relaciones con mi hijo—dice Emerson—el griego, el latín, todo lo que sé, todo lo que poseo, no me sirve de nada; solamente importa lo que de alma tengo. Si poseo una voluntad, él opone su voluntad á la mía, una contra una, y me deja, si quiero, la vergüenza de abusar de mi fuerza pegándole; pero si renuncio á mi voluntad, y obro en nombre del alma, colocándola como árbitro entre nosotros dos, al través de sus jóvenes ojos mira la misma alma; reverencia y ama conmigo.

Pero, si es verdad que el último de nosotros no puede hacer el menor gesto sin tener en cuenta el alma y los rayos espirituales en que reina, verdad es también que los más sabios no piensan casi nunca en el infinito que coloca fuera de su sitio un párpado que se abre, una cabeza que se inclina, una mano que se cierra. Vivimos tan lejos de nosotros mismos, que ignoramos casi todo lo que ocurre en el horizonte de nuestro sér. Vagamos al azar por el valle, sin sospechar que todos nuestros gestos son reproducidos y adquieren su significación en la cumbre de la montaña, y es menester á cada momento que alguien venga á decirnos: Alzad los ojos, ved lo que sois, ved lo que hacéis; no es aquí donde vivimos; allá arriba es donde estamos. Esta mirada cambiada en la sombra, estas palabras que no tenían sentido al pie de la montaña, ved lo que se tornan y lo que significan más allá de la nieve de las cimas, y cómo nuestras manos, que creemos tan débiles y tan pequeñas, llegan á Dios á cada momento sin saberlo.

Algunas han venido á darnos un golpecito en el hombro indicándonos con el dedo lo que ocurre en las regiones del misterio. No fueron muchos. Tres ó cuatro en este siglo. Cinco ó seis en los otros. Y todo cuanto han podido decirnos no es nada cuando se mira lo que tiene lugar y lo que no ignora el alma nuestra. Pero ¿qué importa? ¿No somos semejantes á un hombre que perdiera los ojos en los primeros años de su infancia? Ha visto el espectáculo incomparable de los séres. Ha visto el Sol, el mar y el bosque. Ahora, esas maravillas encuéntranse para siempre en su substancia; y si de ellas habláis, ¿que podréis decirle y qué serán vuestras pobres palabras al lado del claro del bosque, de la tormenta y de la aurora que viven todavía en el fondo de su espíritu y de su carne? Os escuchará, no obstante, con alegría ardiente y admirada, y aunque lo sepa todo, y aunque vuestras palabras representen lo que sabe más imperfectamente que un vaso de agua representa un río, las frasecillas impotentes que se desprenden de la boca de los hombres iluminarán por un instante el océano, la luz y los sombríos follajes que dormían en mitad de las tinieblas bajo sus párpados muertos.

Los aspectos de ese «yo trascendental» de que habla Novalis son probablemente innumerables, y ninguno de los moralistas místicos ha logrado estudiar la misma que su compañero. Swedenborg, Pascal,

Novalis, Hello y algunos otros, examinan nuestras relaciones con un infinito abstracto, sutil y muy lejano. Nos conducen á lo alto de montañas cuyas cumbres no nos parecen naturales y habituales y en las que á menudo respiramos con trabajo. Gœthe lleva á nuestra alma junto al mar de la serenidad. Marco Aurelio la hace sentarse en la pendiente de las colinas humanas de la bondad perfecta y cansada, y bajo los follajes demasiado pesados de la resignación sin esperanza. Carlyle, el hermano espiritual de Emerson, que en este siglo nos previno del otro extremo del valle, hace pasar como relámpagos los solos momentos heróicos de nuestro sér sobre el fondo sombrío y tempestuoso de un desconocido, monstruoso siempre. Nos lleva como un rebaño enloquecido por las tormentas hacia los campos del pasto desconocido y sulfuroso. Nos empuja á lo más profundo de las tinieblas que ha descubierto con alegría, y que no tienen otra luz que la de la estrella intermitente y violenta de los héroes, y nos abandona, con una malévola risa, á las vastas represalias de los misterios.

Pero, á la vez, ahí está Emerson, el buen pastor matinal de los prados pálidos y verdes de un optimismo nuevo, natural y plausible. No nos conduce del lado de los abismos. Nos hace salir del humilde círculo familiar, porque el hilo, el mar, las nieves eternas, el palacio, el establo, la estufa apagada del pobre y el lecho del enfermo, todo está situado bajo el mismo cielo, purificado por los mismos astros y sometido á las mismas potencias infinitas.

Llegó para muchos en el momento en que era preciso que llegara y en el instante en que tenían una mortal necesidad de explicaciones nuevas. Las horas heróicas son menos aparentes, las de la abnegación aún no han vuelto; réstanos únicamente la vida cotidiana, y, sin embargo, no podemos vivir sin grandeza. Ha dado un sentido casi aceptable á esta vida, que no tenía horizontes tradicionales, y tal vez pudiera mostrarnos que es bastante extraña, bastante profunda y bastante grande para no necesitar otro objeto que sí misma. No sabe más que los otros acerca de ella; pero afirma con más valor, y tiene confianza en el misterio. Es necesario vivir, vosotros, los que pasáis días y años sin acciones, sin pensamientos, sin luz, porque la vida, á pesar de todo, es incomprensible y divina. Es necesario vivir, porque nadie tiene derecho á sustraerse á los acontecimientos espirituales de las banales semanas. Es necesario vivir, porque no hay un acto, ni una palabra, ni un gesto que se escape á reivindicaciones inexplicables en un mundo «en que hay muchas cosas que hacer y pocas que saber».

No hay ni grande ni pequeña vida, y la acción de Régulo ó de Leónidas no tiene ninguna importancia cuando la comparo con un momento de la existencia secreta de mi alma. Podía yo haber hecho lo que estos hombres hicieran ó no hacerlo; cosas son estas que no llegan al alma; y el alma de Régulo, cuando éste volvía á Cartago, estaba pro-

bablemente tan distraída, tan despreocupada como la del obrero que va al taller. Se encuentra siempre muy lejos de nuestras acciones, demasiado lejos de nuestros pensamientos. Vive sola, en el fondo de nosotros, una vida que no explica; y desde las alturas en donde reina la variedad de las existencias no se distingue. Caminamos rendidos bajo el peso de nuestra alma, y no hay proporción entre ella y nosotros. Tal vez no piense nunca en lo que hacemos, cosa que se lee en nuestro rostro. Si se pudiera preguntar á una inteligencia de otro mundo cuál es la expresión sintética de la faz de los hombres, respondería, indudablemente, después de haberlos visto en sus alegrías, en sus dolores, en sus inquietudes:

—*Parecen pensar en otra cosa.*

Sed grande, sed sabio y elocuente; el alma del pobre que alarga la mano al extremo del puente, no estará celosa, pero la vuestra le envidiará tal vez su silencio. El héroe necesita la aprobación del hombre ordinario; pero el hombre ordinario no pide la aprobación del héroe, y sigue su vida sin inquietud, como el que tiene su tesoro en lugar seguro. «Cuando habla Sócrates—dice Emerson—Lisis y Menejenas no se avergüenzan de su silencio. Ellos también son grandes. Y Sócrates los escucha y les ama mientras hablan, porque todo hombre encierra una verdad, y es la verdad misma que articula un hombre elocuente Pero en éste, á causa de su facilidad para articularla, parece que esta verdad reside ya menos; y he aquí por qué se vuelve hacia aquellos silenciosos admirables, con una deferencia y respeto mayores.»

El hombre se encuentra ávido de explicaciones. Es menester que se le muestre su vida. Se regocija cuando en alguna parte encuentra la interpretación exacta de un pequeño gesto que hiciera veinticinco años atrás. Aquí no se trata de un gesto; se trata de la mayor parte de las actitudes de nuestra alma cotidiana. No hallaréis ahí el carácter eterno del pensamiento de Marco Aurelio. Pero Marco Aurelio es el pensamiento por excelencia. Por otra parte, ¿quién de nosotros lleva la vida de Marco Aurelio? Trataba aquí del hombre, y nada más. No ha crecido arbitrariamente, sólo que está más cerca de nosotros que de costumbre. Es Juan que corta sus árboles, es Pedro que construye su casa, sois vosotros, que me habláis de la cosecha, soy yo que os tiendo la mano; pero nos hablamos en el punto en que tocamos á los dioses y nos admira lo que hacemos. No sabíamos que todos los poderes del alma estaban presentes, no sabíamos que todas las leyes del Universo esperaban en torno de nosotros; y nos volvemos y nos miramos sin decir nada, como séres que han visto un milagro.

Emerson ha venido á afirmar con sencillez esta grandeza igual y secreta de nuestra vida. Nos ha rodeado de silencio y de admiración. Ha puesto un rayo de luz bajo los pasos del artesano que sale del taller. Nos ha mostrado todas las fuerzas del Cielo y de la tierra, ocupadas en

sostener el umbral, sobre el que dos vecinos hablan del agua que cae ó del viento que se levanta, y por encima de los dos pasajeros que se encuentran hemos de ver el rostro de un Dios que sonríe al rostro de un Dios. Está más cerca que ningún otro de nuestra vida habitual. Es el consejero más atento, el más asiduo, el más probo, el más meticuloso, el más humano tal vez. Es el sabio de los días ordinarios, y los días ordinarios son, en suma, la substancia de nuestro sér. Más de un año transcurre sin pasiones, sin virtudes, sin milagros. Aprended á venerar las cortas horas de la vida. Si obré esta mañana con arreglo al espíritu de Marco Aurelio, no vengáis á subyugar mis acciones, porque yo también sé que ha ocurrido algo. Pero si creo haber perdido el día en miserables empresas y si podéis probarme que he vivido, sin embargo, tan profundamente como un heroe y que mi alma no ha perdido sus derechos, habéis hecho más que si me hubiérais persuadido de salvar hoy á mi enemigo, porque habéis aumentado en mí la suma, la grandeza y el deseo de la vida, y tal vez mañana sepa vivir con respeto.

M. MAETERLINCK.

El uso de la carne.

En toda época y en cualquier comarca, el consumo de la carne estaba sujeto á mil y una relaciones. Todos los pueblos consideraron meritorio abstenerse de ella.

Los Vedas, después de limitar con innumerables condiciones el consumo de la carne, presentan la reseña de los poquísimos casos en que resulta permitido comerla, y Manú, el primero y el más sabio de todos los legisladores, aquel en quien se inspiraron Moisés, Justiniano, y el Código Napoleón, añade al comentar el permiso védico: «Aquel que pueda abstenerse de toda carne, aun de la permitida, obrará santamente.»

Eurípides hace decir al sacerdote del templo de Júpiter en Creta, dirigiéndose al rey Minos:

«Desde que he sido nombrado sacerdote del culto de Júpiter, me abstengo de concurrir á los festines nocturnos de las bacanales, y ya no como carnes sangrientas. Ofrezco antorchas á la madre de los dioses; soy sacerdote entre los curados revestidos de blanco; me alejo de las cunas y de las tumbas, y no como nada que haya sido animado por el *soplo de vida*.»

Los antiguos sabios y maestros de la humanidad no estaban en oposición con la Naturaleza, como esos horribles y canallescos vivisectores del día; y así como para aquellos ilustres varones la Naturaleza fué tierna esposa que no rehusó sus caricias, ella se niega á los médicos de hoy, cuyos avances no pasan de meros tocamientos impúdicos, en cuyos resultados no debemos confiar.

R. CARBONELL

POR LOS LIBROS Y REVISTAS

Nuestros precursores.

El profesor Vicente Gay, que recientemente ha consagrado al estudio de la *Constitución y vida del pueblo español* una obra muy recomendable, observando que «los antropólogos, al rehacer la historia, han encontrado, al estudiar la seriación de los pueblos de España, una raza perfectamente caracterizada, con ramificaciones en la Península y en las islas Canarias, fragmentos de la celebrada Atlántida, se pregunta: «¿Son los hombres de esta raza los terribles atlantes de la tradición?»

La respuesta que el mismo autor se da merece que la transcribamos íntegra:

«En la seriación de las razas de España hay que considerarles (á los atlantes) en primer lugar (descartando de la serie el primitivo tipo de Neanderthal) y como restos de una raza euroafricana por sus caracteres, que ha tenido una distribución geográfica extensa, demostrada por la existencia de los guanches de las Canarias, los restos esqueléticos de algunas sepulturas megalíticas de Argel, de las grutas sepulcrales de la edad de piedra en España y Portugal y en el Mediodía de Francia por otros restos. El antropólogo, al describir el tipo llamado de Cro-Magnon, que se supone ser el atlante primitivo, señala unos caracteres, en los cuales la fuerza y la dureza es la nota distintiva; cráneo dolicocéfalo y voluminoso, vértice convexo, arcos superciliares abultados, órbitas angulosas, dura consistencia ósea, estatura elevada..... el cuerpo robusto, en fin, que había encerrado la audaz pretensión que describen los diálogos platónicos de sojuzgar Europa y Asia. Es el hombre de arrestos fieros que aparece en las estrofas de Verdaguer invocando á la Fuerza en el templo de Neptuno:

De roques sobre roques son les parets gegantes
Del temple, hont les Atlantes enrotllan á Neptú
Parescuts á vells roures y alzines brassejantes,
Que semblan dir al cingle: —Som tan ferrenys com tú.

El poeta, con la potencia intuitiva de la inspiración, los compara á los duros robles y encinas, coincidiendo con la descrip-

*

ción que con precisiones científicas hace el antropólogo, uniendo así, con anillo de oro, la conclusión científica y las tradiciones legendarias.»

La avaricia. En la *Revue Philosophique*, de M. Ribot, M. Rogues de Fursac ha dedicado recientemente (Enero y Febrero últimos) dos artículos al estudio de la avaricia desde el punto de vista de la psicología morbosa. Se trata, pues, de una exposición clínica de tan censurable pasión, y, como el mismo autor declara, no hay que buscar en su trabajo más que un estudio descriptivo, descriptivo, sí, pero admirablemente hecho desde el punto de vista que el autor ha escogido.

La avaricia la define como «una anomalía del espíritu, constituída por un exagerado amor á la propiedad por ella misma». La cualidad característica del avaro, su distintiva, es un «sentimiento de posesión monstruosamente desarrollado».

Es una lástima que en ese estudio no se halle más que una exposición clínica, porque lo interesante es la investigación psicológica sobre el origen y la transformación de las pasiones. Ahora bien, como el trabajo de M. Fursac, es de lo más metódico y concienzudo que se ha hecho sobre la materia, en él mismo, en cierto sentido, está cuanto podemos demandar y demandamos ahora.

En el «coleccionismo agudo» hay, por ejemplo, una forma regresiva, atávica, de la avaricia. Tiene, como punto de partida, como el mismo autor observa, una idea delirante. Pero, en realidad, el avaro es algo más que un coleccionista. La idea de propiedad exclusiva, de goce personal, sin vanidad alguna, sin defecto siquiera, le envuelve por completo. En los casos más exaltados, lo ilógico de su conducta acredita el monoideismo brutal bajo el que actúa en su vida. Recuérdese el cuento de aquel que enciende una cerilla para buscar otra que ha perdido á sus pies. Todo eso es exacto. Pero, ¿cómo se hace avaro un hombre? ¿Por qué nace la avaricia en el hombre? Es un hecho de desconfianza. La avaricia es dominación pesimista del ánimo. Una superstición espiritual, como todas las supersticiones, es la generalización experimental sobre un sólo hecho, sobre un único experimento y observación de conciencia. El avaro cree en la perpetua posibilidad del mal, más aún en su existencia real y positiva. Es una pasión de los vencidos, de los

ancianos, por consiguiente; así es que la longevidad que se observa en ellos y su apego á la existencia terrestre, su amor á la vida y la rareza de suicidios en tales *casos*, sólo se ofrece por lo que se refiere á este último hecho, como indica M. Fursac en los casos de intolerabilidad, enfermedad crónica, pérdida del tesoro, etc., etc.

Y lo que se le alcanza á cualquiera desde luego es que la avaricia es una «pasión moderna», de última hora. Un hecho de la caída.

El secreto de Eleusis y la gnosis. Con este título, Fabre des Essarts ha publicado un curioso artículo en la *Nouvelle Revue*, no hablando en sabio, sino en creyente, porque los sabios «han torcido siempre las cosas del misterio».

No añade nada nuevo al saber común sobre el asunto este trabajo, pero le hacen recomendable las galas del estilo, y, sobre todo, la claridad y precisión con que se expone el tema.

«Los misterios menores no eran más que una especie de noviciado, de catequesis que preparaba al neófito á la gran iniciación del mes de Boedromian (Septiembre, equinoccio de otoño); se celebraban desde el mes Antesterior (Febrero) á las orillas del Ilirío, y consistían principalmente en lustraciones y apolitrosis, cuyo elocuente simbolismo enseñaba á los candidatos que no tendrían acceso al templo sino á condición de estar limpios de toda mancha. Una vez admitidos en el atrio prestaban su juramento ante el mistagago, así como se hacía al comienzo de la iniciación gnóstica, y tal como se practica igualmente en el seno de las logias masónicas antes que se emita el voto de admisión.

»En cuanto á los grandes misterios, no podía iniciarse uno en ellos sino después de haberlo sido en los menores.»

Los lectores habituales de SOPHIA saben, por de contado, el valor y el significado de ambas clases de iniciación, que Tertuliano, Justino, Arcibio y Atenágoras aseguraban habían sido inventadas por el Diablo, ni más ni menos que dicen actualmente algunas gentes que saben lo ridículo de tal aserto y conocen además todo el respeto que Clemente de Alejandría—el gran padre de la Iglesia—sentia por esas enseñanzas, que no fueron tan infantiles y supérfluas como puede asegurarse sin información alguna.

Revistas teosóficas. *The Theosophist*, de Adyar, inserta, entre otros trabajos, uno muy interesante, *Equilibrio*, debido á la pluma de Annie C. McQueen.

The New Zealand Theosophical Magazine publica entre los suyos dos muy recomendables, *Tiempo*, de C. E. Smith, y *La evidencia de la Teosofía*, por L. W. Rogers.

En *Theosophia*, de Amsterdam, el Dr. J. W. Boissevain Boekbespreking, bajo el título de *Una novela católica contra la Teosofía*, se acupa de una información que hace tiempo, en la revista *Etudes*, editada por los jesuítas franceses de París, se publicó con el propósito de apartar á los fieles de los errores de Oriente. El estudio de Leoncio de Grandmaisos, sin imparcialidad alguna y calumnioso, como generalmente son los que dedican al movimiento teosófico los inviduos de ciertas creencias religiosas, no es, con todo, más que una de las muchas acometidas que los PP. de la Compañía dan de cuando en cuando á la enseñanza teosófica. Nuestro hermano Boekbespreking puede ver reproducido el ataque en igual tono y con la misma injusticia en algunos números de la *Civiltá Catolica*, la *Gaceta* suprema de la Compañía.

RUG.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Los miembros de la Sociedad Teosófica del Canadá esperan la próxima visita de Annie Besant para inaugurar la constitución de una Sección canadiense.

El desarrollo que ha tomado la enseñanza teosófica es ya bastante considerable, y hay un gran número de ramas constituídas en las que se estudia con tanta asiduidad como entusiasmo. A la rama de Montreal, la primera creada hace unos dos años escasamente, han sucedido nuevas ramas, como las de Toronto, Vancouver, Victoria, Hamilton, Winnipeg y otras.

* * *

La Asamblea general de la Sociedad Teosófica, que se reunirá este año en Adyar, la presidirá el Presidente de la Sociedad, el coronel H. S. Olcott, y asistirán á ella Mrs. Annie Besant y C. W. Leadbeater.

Annie Besant hablará sobre el *Despertar de la India*, y dará también una lectura sobre el *Bhagavad Gita*.

*
* *

En breve terminará y dará á la estampa una obra mística, que ha de tener gran resonancia entre nosotros, el rector de la Universidad de Salamanca, D. Miguel de Unamuno.

El tratado sobre *El amor de Dios*, como se titulará el libro, ha de tener para nuestros lectores un anticipo que hemos solicitado del mismo autor.

*
* *

En este mismo mes aparecerá la versión española de la gran obra de Annie Besant, *La genealogía del hombre*, versión hecha por D. José Granés y editada por la Biblioteca Orientalista (Tapinería, 24, Barcelona). Sirva esta noticia de contestación á cuantos nos han preguntado por qué no la dábamos en las páginas de esta revista, y á los que sabiendo que iba á publicarse deseaban conocer la fecha de su aparición.

*
* *

Habiendo aparecido en París (110 págs., 57 planchas, precio 8 frs.), traducido del inglés, el interesantísimo libro escrito por la Sra. Annie Besant y el Sr. C. W. Leadbeater, el doctor Pascal se expresa á su respecto del siguiente modo:

«Esta publicación, de un interés extremo, es un libro de estudio, que da los materiales para largas reflexiones, así como los elementos de una profunda meditación; es una obra en la cual aprenderán los más instruídos. Y justamente, porque es sobre todo un libro de meditación, es difícil su análisis. Contiene algunos ejemplos (raros) de las emociones que se encuentran especificadas en el *Hombre visible é invisible*, pero está destinado á una enseñanza diferente, ó sea á la expresión de los tipos más interesantes de formas-pensamientos. Se hallan en la obra, al mismo tiempo, algunas nociones de la mecánica especial al tema, nociones sacadas de dos autores que se han ocupado particularmente de la cuestión en estos últimos tiempos: madame Watt Hoghes y el Sr. F. Brigh Boud.

Las planchas son de tres géneros:

1.° De las formas-pensamientos ordinarias más ó menos complejas.

2.° De las formas-pensamientos muy elevadas, tal, por ejemplo, el esfuerzo mental expresando el deseo para la humanidad de un ideal colectivo elevado, ó aun aquel concebido en el esfuerzo hecho para elevarse á la concepción del Logos en

los aspectos de Unidad, de Trinidad y de Septenario (los 7 Espíritus de la Presencia).

3.° Las formas-pensamientos creadas por la música. Estas representan tres tipos: uno, el de *Mendelsshon*, manifiesta el efecto de *detalle* de las partes aisladas de una obra musical; el otro, el tipo Gounod, expresa los efectos de los *acordes;* en fin, el tipo Wagner muestra las maravillas de un poderoso efecto de *conjunto.*»

Nuestra traducción de Algazel.

Sr. Director de la revista *Cultura Española:*

Muy señor mío: En el núm. 1.° de su reciente revista, el colaborador de la misma que se ocupa de las obras árabes recientemente publicadas, consagrando su atención á la versión española que he publicado en Sophia de la obra de Algazel *El preservativo del error,* dice:

«El autor de esta versión, Sr. Urbano, asegura haberla hecho directamente del original árabe; pero no consigna, y es lástima, la edición sobre la cual ha realizado su trabajo, porque no puede ignorar el Sr. Urbano que, además de la *princeps* de Schmölders (apud *Essai sur les ecoles philosophiques chez les arabes.* París, 1842), existen otras más recientes dadas á luz por las prensas del Cairo en 1309 de la hégira (1891 de J-C.) y en 1316 (1898), al margen, esta última del apocalíptico libro sufí *Alisan alcamil* del Chilani (tomo II, pág. 2-50). Esta negligencia, cardinalísima en un traductor, nos ha hecho sospechar si el Sr. Urbano habríase servido para su versión *directa* de la francesa de Schmölders, que acompaña á la dicha edición *princeps,* y muy pronto sus transcripciones francesas de las voces análogas han venido á confirmar plenamente nuestras sospechas. No censuramos que el Sr. Urbano haya puesto á contribución para su trabajo la versión francesa de Schmölders, ni tampoco que haya copiado literalmente largos pasajes de la versión castellana del Almonquid, insertos en la obra *Algazel, dogmática moral, ascética,* de M. Asín (Zaragoza, 1901, págs. 129-134, 149-150, 154-157, 161-168 *et passim);* pero puesto á dar una versión total del famoso opúsculo, y no conociendo el árabe, como evidentemente parece, habría sido más honroso para el autor citar lealmente las fuentes europeas que utilizaba, y más útil para los lectores que, por otra parte, tienen también derecho á que no se sorprenda su buena fe, porque, aun ignorando el árabe, hubiese podido hacer el señor

Urbano labor utilísima, si además de la versión francesa de Schmölders hubiese empleado la de Barbier de Meynard (*Journal Asiatique*, VII, 9, págs. 5 y siguientes), que hecha sobre una versión turca corrige aquélla en más de un pasaje..... etc.»

La mala fe y lo injustificado de semejantes insidias, si es que pueden las insidias justificarse alguna vez, me ponen á cubierto de tan indignas y mortificantes líneas que manchan esa revista. Reproduzco así esto, que me parece una infamia, para que los lectores y suscriptores de SOPHIA, que pueden repasar fácilmente el prólogo y versión citada, comprueben por sí mismos si yo he dicho que está *hecha del original árabe.*

Y para tranquilidad del anónimo censor, diré que mi versión está hecha precisamente..... de la de Barbier de Meynard, con todas las modificaciones y arreglos que me ha dictado mi propio juicio.

Siento, señor director, que la primera vez que he tentado la pluma para dedicaros unas líneas sea por un motivo tan enojoso. Estas líneas, aquí mismo, me indemnizan y defienden lo bastante, y no quiero ni una rectificación en su revista, ni conocer á quien se ampara con el anónimo. Entre los míos y entre usted me basta que se conozca la justicia.

Soy suyo afectísimo s. s.,

Rafael URBANO

BIBLIOGRAFÍA

Ellen. S. Gaskell.—*A. womans's versión of Genesis.*—*II*, 18–25.

COMO indica el título de este bonito é interesante trabajo debido á una de las ilustres escritoras de la Inglaterra contemporánea, es un comento á las palabras del Génesis referentes á la creación de la mujer y al papel que en el mencionado libro se le asigna.

Hay en esta obra de Mrs. Ellen S. Gaskell un capítulo por demás interesante, sobre el que reclamamos la mayor atención. Es el titulado á la letra: *The home the basis of national stability* (la casa, fundamento de la estabilidad nacional). Una idea semejante desarrollada en otro sentido, sirve precisamente en los actuales momentos al ilustre sociólogo español: el profesor R. Salillas para hacer un estudio sobre la *casa* como verdadera célula social contra el parecer corriente en las escuelas sociales que asignan ese papel al *hombre* (los individualistas), ó á la *sociedad* los de las otras escuelas. De las consecuencias que se derivan de la doctrina del sabio español y del

trabajo de la mística inglesa nos ocuparemos tan pronto como aparezca la obra del Sr. Salillas, así como la que bajo el título *Women's work and sphere* (Papel y esfera de la mujer) prepara la distinguida escritora.

R. U.

A. Dacier.—*Pitágoras; su vida, sus símbolos y los versos dorados con los comentarios de Hierocles.*—Versión española con prólogo de Rafael Urbano, Juan Torrents y R. Maynadé.—Barcelona 1. vol.

Es oportuna la publicación de esta obra clásica, por cierto, ya que parece, según todos los indicios, que se avecina una crisis provechosa en todo nuestro saber. La figura de Pitágoras aparece en la obra de Dacier en su verdadero puesto, colocada en su punto. Los trabajos posteriores á este ilustre historiador han añadido muy poco á lo que en esta obra se estudia, y es verdad, como dice el prologuista de la edición española, que de todas las biografías de Pitágoras ésta es «la más estusiasta é ingenua de cuantas han podido escribirse hasta la fecha».

El que vayan con esta obra los comentarios de Hierocles, le añade un gran valor y ha de hacer que se solicite este libro por los estudiantes de teosofía. La naturaleza de esos comentarios es tal que pueden considerarse como uno de los manuales más perfectos de teosofía que se han escrito en el pasado, y como uno de esos libros que enseñan siempre, que jamás envejecen, porque siempre tienen una actualidad para cada hombre.

No es un libro lanzado al azar para el mercado como otros que se publican de continuo; es un libro que se hizo, no para ser leído y olvidado después, sino para leerlo y meditarlo luego. Así es también como ha sido dado á luz por sus editores, y así es como seguramente ha de ser acogido por el público estudioso.

El prólogo que adorna á esta versión, y las condiciones materiales en que se ofrece esta obra, merece nuestros plácemes más entusiastas.

U. G.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.